

para aquellas almas fieles, que no examinan si lo que manda Dios es de precepto ó de puro consejo, de obligacion estrecha ó de buena correspondencia. Dices que esas reglas menudas, esos santos estilos, esas observancias son verdaderamente unas menudencias. Séanlo en hora buena; ¿pero con qué cara pides á Dios que te conceda las mayores gracias, al mismo tiempo que tú le niegas los menores y los mas fáciles obsequios? Rara vez se encuentran criados que maquinen contra la vida de sus amos; ¿pero quién se querría servir de un criado que se negase á hacer los regulares oficios de la casa, y solo quisiese hacer aquello que se le mandase debajo de graves penas? Cuando se arruinan ó se dejan caer las fortificaciones exteriores de una plaza, ya no queda en estado de defensa. Levántense dentro de ella todos los atrincheramientos que se quisieren; no es posible que resista por mucho tiempo á un enemigo poderoso; estando tan descubierta. Las piadosas devociones, la observancia de las reglas, las obligaciones menudas del estado son las fortificaciones exteriores de la plaza. En no estando bien guardadas todas las avenidas, se puede y se debe temer una sorpresa. Todas las infidelidades habituales con Dios muestran ó indican un destemple de corazón muy digno de temerse. No está lejos el rompimiento con un amigo ó con un amo cuando se les contempla poco, y se repara menos en disgustarlos muchas veces.

Reconozco, Señor, mi peligro, y veo con toda claridad lo mucho que os han desagradado mis pasadas infidelidades. *Bienaventurado el siervo fiel en cosas pequeñas.* Haced, Señor, que yo sea este siervo fiel en adelante. Resuelto estoy, Dios mio, á cumplir exactamente con las obligaciones mas pequeñas, conociendo que este es el único medio para perseverar y para agradaros.

JACULATORIAS. — Dignaos, Señor, de hacerme caminar por el camino de tus preceptos. (*Psalm. 118.*)

Inclina, Señor, mi corazón á darte gusto en todo, sin negarte cosa alguna que le pidas. (*Psalm. 118.*)

PROPOSITOS.

1 Estando llena nuestra vida de obligaciones menudas, y tropezando en cada momento de ella con estas que se llaman cosas pequeñas, ser infiel á Dios en estas cosas, es serle infiel por toda la vida, y desagradarle continuamente. Una ligera mortificacion, cierta exactitud particular en los mas pequeños deberes, la pun-

tualidad en cumplir con sus especiales devociones, la modestia de los ojos, la circunspeccion en todos los demás sentidos, cierta delicadeza de conciencia en las que se llaman menudencias; todas estas, á la verdad, son cosas pequeñas, pero no es cosa pequeña la fidelidad en estas cosas; antes bien esta exacta y constante fidelidad es en parte el distintivo de los santos. No llares ya en adelante cosa pequeña la que te puede ser ocasion de las mayores desgracias. En el servicio de Dios nada hay pequeño; y así nada has de despreciar. Ten presente que el mismo Señor solo alaba en el siervo fiel su exactitud en cosas pequeñas: *in pauca fuisti fidelis*; y procura merecer este elogio. No omitas devocion ni obligacion alguna de tu estado. Sé, por decirlo así, escrupuloso en las cosas mínimas precisamente, porque Dios te pide este corto sacrificio. Léjos está de descuidarse en las obligaciones mas graves, el que por agradar á Dios no se descuida en las mas leves.

2 Pocas horas hay en el dia, y pocos instantes de las mismas horas en que no se ofrezca ocasion de alguna mortificacion, ó de ejercitar algun acto de virtud; privarse de una vista curiosa; sacrificar un pequeño gusto; suprimir un buen dicho; sufocar los movimientos del amor propio; reprimir los ímpetus del genio; practicar una obra de caridad; en todo esto has de ser exacto y puntual. ¿Viénete gana, no ya de omitir, sino de dejar para otra hora aquella oracion ó aquella devocion? No te dejes llevar de esa ligereza de tu espíritu, ni de esa inconstancia de tu corazón. Levántate muy puntual á la hora señalada; mortifica constantemente tu curiosidad; reprime hasta los menores movimientos del orgullo. Guarda exactamente las mas menudas reglas; bendicion de la mesa, accion de gracias despues de comer; tranquilidad y apacibilidad inalterable en todos los varios acasos de la vida; modestia respetuosa en el templo; oraciones vocales de devocion. Nada omitas de cuanto puede ser grato á los ojos de Dios. Jámás des oídos á los respetos humanos; sé en todo y por todo siervo fiel. Por medio de estos piadosos ejercicios se llega á ser santo.

DIA XII.

MARTIROLOGIO.

SANTA CLARA, virgen, en Asis en la Umbria; primera planta de las pobres religiosas del orden de Menores: por su ilustre vida y milagros la puso en el número de las santas vírgenes el papa Alejandro IV. (*Véase su vida hoy.*)

EL TRÁNSITO DE SAN EUPLIO, diácono, en Catania en Sicilia, en tiempo de los emperadores Diocleciano y Maximiano. Despues de haber sido atormentado mucho tiempo por confesar á Jesucristo, finalmente fué degollado y alcanzó la palma del martirio.

SANTA HILARIA, madre de Sta. Afra, en Augsburgo; la cual velando de noche junto al sepulcro de su hija, fué allí mismo quemada por los perseguidores de la fe de Cristo juntamente con sus criadas DIGNA, EUPREPIA y EUNOMIA. (Véase la historia de estas Santas en las de SAN NARCISO, obispo de Gerona, dia 18 de marzo, y de SANTA AFRA, dia 5 de agosto.)

LOS SANTOS MÁRTIRES QUIRIACO, LARGION, CRESCENCIANO, NIMIA, JULIANA Y OTROS VEINTE; (los cuales padecieron en el mismo dia y en la misma ciudad de Augsburgo, mientras los verdugos daban muerte á las Santas anteriores.)

LOS SANTOS MÁRTIRES MACARIO Y JULIANO, en Siria.

LOS SANTOS MÁRTIRES EL CONDE ANICETO Y FOTINO su hermano, con otros muchos, en Nicomedia, en tiempo del emperador Diocleciano.

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS GRACILIANO Y FELICISIMA, virgen, en Faleria en Toscana; á los cuales por confesar la fe, primero les quebrantaron con piedras los rostros, y despues siendo degollados alcanzaron la deseada palma del martirio.

LOS SANTOS MÁRTIRES PORCARIO, abad del monasterio de Lerins, con otros quinientos monjes, los cuales fueron asesinados por los barbaros defendiendo la fe católica.

LA DEPOSICION DE SAN EUSEBIO, obispo y confesor, en Milan.

SAN HERCULANO, obispo, en Brescia.

SANTA CLARA, VÍRGEN.

SANTA Clara, tan célebre en toda la Iglesia por su eminente santidad y por el prodigioso número de santas hijas que la reconocen por su digna madre, fué de la ciudad de Asís, en Umbria, patria del glorioso padre S. Francisco. Nació el año de 1193, y fué su padre Favorino Sciffo, en quien se conservaba toda la varonía de las dos ilustres casas de Sciffo y de Fiumi, ambas de las mas nobles, y de las mas distinguidas del país, no solo por sus opulentos bienes, sino por los elevados empleos que sus gloriosos progenitores habian obtenido en la milicia, mandando los ejércitos con tanto honor como reputacion. Su madre se llamaba Hortulana, aun mas respetada por su virtud que por su noble nacimiento; siendo tanta su devocion, que emprendió las peregrinaciones del santo sepulcro en Jerusalem, de S. Miguel en el monte Gárgano, y de S. Pedro en Roma. Asegúrase por cierto, que durante su preñado, encomendando á Dios el fruto que traía en su vientre, oyó una voz que la dijo, daría á luz una antorcha



STA. CLARA V.

que iluminaria toda la tierra; y que en atencion á este vaticinio, puso á su hija el nombre de Clara.

Verificóse presto el tiempo; porque prevenida Clara de la gracia de Jesucristo desde la misma cuna, dió á conocer por lo que ya era, lo que con el tiempo habia de ser. No hubo niña que menos lo pareciese. Anticipóse la devocion á la edad y al conocimiento; sus entretenimientos y sus juegos eran la oracion; siempre se hallaba de rodillas en su cuarto; y á falta de rosario iba contando por un monton de piedrezuelas los Padres nuestros y Ave Marías que rezaba. Desde que nació profesó una tierna devocion á la Reina de las vírgenes, y por consiguiente un estrecho amor á la pureza. Esta fué en parte su carácter. La caridad que tenia con los pobres la empeñaba muchas veces, á pesar de sus pocos años, en algunos escesos, reservando siempre la mayor parte de lo que la daban para repartirlo entre los necesitados.

Crecia su virtud con la edad; y su aversion á todo lo que sonaba á mundo, crecia con su virtud. Nunca fueron de su gusto las galas, los juegos ni las diversiones del mundo; toda su inclinacion era al retiro. Pero obligada á vestirse como las otras damas de su calidad, las joyas y los adornos mujeriles eran para ella un verdadero tormento, conociéndose desde luego lo mucho que esto la mortificaba. Era muy celebrada por su hermosura, pero mucho mas por su modestia. Proponíansela á si mismas por modelo las religiosas mas ajustadas, y las gentes del mundo la respetaban por un prodigio de virtud. Continuamente llevaba un áspero cilicio debajo de sus ricos vestidos, y aunque á su virtuosa madre la daba mucho gusto el verla tan devota, con todo eso, se quejaba perpetuamente de los escesos de su mortificacion. Y á la verdad, Clara no pensaba mas que en macerar su cuerpo en una edad que solo inspira la delicadeza y el regalo. Sus delicias eran ayunar, orar y entregarse á las mas rigurosas penitencias. Esperimentó su virtud cierto nuevo y visible aumento, oyendo referir la admirable vida que hacia S. Francisco en su pequeño convento de la Porciúncula. Determinó verle, y comunicar con él los medios de que se podria valer para consagrarse á Dios con una vida mas perfecta.

Ya el siervo de Dios tenia muchas noticias de nuestra Santa por la fama de su eminente santidad. Fué Clara en busca suya, acompañada de otra doncella virtuosa de toda su confianza; y prendada de la humildad, de la dulzura y de la virtud del Santo, le comunicó sus deseos de entablar una vida de mayor perfeccion. Ya habia revelado Dios á S. Francisco los altos fines á que tenia destinada aquella grande alma; y así, descubrió muy

presto aquel inestimable fondo de pureza, aquel amor de Dios, y aquel desasimiento de todas las cosas de la tierra, que admiraba al mismo cielo, con que el Señor la había enriquecido para su mayor gloria. Confirmóla en la resolución de consagrar con voto su virginidad á Jesucristo, y de abandonarlo todo por su amor, declarándola que el Señor la llamaba á la mas elevada perfeccion, por un camino enteramente parecido al que le habia señalado á él.

Antes de tomar la Santa algun partido, volvia de cuando en cuando á la Porciúncula á tratar con el seráfico Padre; y éste poco á poco la fué comunicando su espíritu, inspirándola el pensamiento de hacer para las personas de su sexo lo mismo que él habia comenzado ya en beneficio de los hombres. Dispusieron el plan entre los dos durante la cuaresma del año de 1212; y escogieron el dia 18 de marzo, que era domingo de Ramos, para la ejecucion de tan gloriosa empresa. Este dia se dejó ver la Santa en la catedral, adornada con las mas preciosas galas que tenia, como si fuese á cumplir con el precepto de la Iglesia. Acudieron todos los demás á recibir los ramos, y sola Clara se mantuvo en su sitio por modestia. Bajó entonces el obispo del altar, y encañándose adonde estaba la Santa, la entregó una palma, como presagio de la gloriosa victoria que aquel dia habia de conseguir del mundo. Por la tarde pasó á la iglesia de nuestra Señora de los Angeles, llamada la Porciúncula. Recibióla S. Francisco, acompañado de sus frailes, todos con velas en las manos, y cantando salmos. Despues de una breve oracion, hizo Clara que la cortasen el cabello; y recibiendo el hábito de penitencia al pié del altar, pasó á una casa vecina, donde se desnudó de sus galas, y se vistió de un grosero saco, ceñido con una cuerda. Condújola despues S. Francisco á la iglesia de S. Pablo, y la entregó en manos de las religiosas benedictinas.

Sorprendió esta accion á toda la ciudad; y como Clara no contaba á la sazón mas que diez y ocho años, se calificó esta resolución de ligereza, ó por un rasgo inconsiderado de la juventud. Sobre todo, se mostraron muy irritados sus padres y sus parientes, pareciéndoles que aquella determinacion manchaba el honor de toda la familia. Practicaron todos los medios que pudieron para obligarla á desistir de ella, sin perdonar á los esfuerzos de la violencia para arrancarla de su asilo; pero nada bastó para doblar su constancia, porque asiendo fuertemente el altar con una mano, y mostrando en la otra sus cabellos cortados á los que intentaban sacarla del monasterio: *Sabed*, les dijo, *que jamás tendré otro esposo que Jesucristo, ni vestiré otro traje que este*

hábito y sayal de penitencia. A vista de tan resuelta determinacion, se despidieron los enemigos de su reposo. Con todo eso, le pareció á S. Francisco que estaria mas segura en el monasterio de S. Angel de Panso, que era de la misma religion de S. Benito.

Aun no habia estado quince dias en él, cuando Inés, hermana menor de la Santa, vino en busca suya para servir á Dios con el mismo hábito, y vivir en su compañía el resto de sus dias. Esto irritó mucho mas á toda la parentela. Acudieron al convento doce de sus deudos para sacarla por fuerza, y despues de otros muchos desórdenes que cometieron, la arrancaron con violencia de entre los mismos brazos de su hermana. Hiciéronla pedazos el hábito, arrastráronla, acoceáronla, llenáronla de injurias; pero ella protestaba que no dejaria de ser monja, aunque la matasen. Como Clara no podia resistir á la fuerza, recurrió á Dios; y despues de una breve pero fervorosa oracion, salió del convento, corre tras de su hermana, y con un prodigio, que tuvo por testigos á todos los parientes, la hizo inmoble. En vano llamaron por socorro para moverla, aunque fuese arrastrándola; no fué posible menearla. Aturdiólos la maravilla; y viendo que el cielo se interesaba en el negocio, avergonzados de haber hecho inútilmente tantos esfuerzos, la dejaron en las manos de Clara, que la restituyó como en triunfo al monasterio.

Publicóse este portentoso suceso, y á vista de él abrieron los ojos todos los que los tenian tan cerrados. Hizo S. Francisco reparar la iglesia de S. Damian, que se iba arruinando; y habiendo comprado la casa que estaba contigua á la misma iglesia, trajo á ella á sus dos hijas. En esta iglesia tuvo principio el celebre orden de religiosas franciscas, así como le habia tenido el de los religiosos en la iglesia de la Porciúncula; y tal fué el nacimiento de aquella ilustre religion de vírgenes seráficas, que en estos últimos tiempos en que iba desmayando tanto la virtud cristiana, resucitó aquellos milagros de penitencia, de fervor, de inocencia y de santidad, que son la admiracion del universo, haciendo reflorar la preciosa flor de la virginidad, que parecia haber marchitado el tiempo. Aprobóla luego el papa Inocencio III en el mismo año de 1212; y en el siguiente la confirmó su sucesor Honorio III, comenzándose desde luego á llamar la religion de las Clarisas, del nombre de su fundadora Sta. Clara, la cual tuvo el consuelo de ver aumentarse inmediatamente su pequeño rebaño. Su misma madre Hortulana, y Beatriz, la menor de sus hermanas, quisieron ser del número de sus hijas. Otras doce jóvenes señoritas abrazaron el nuevo instituto, que

además del ejercicio de todas las virtudes, hace profesion de un total desasimiento y de una estrema pobreza. Todas hicieron los tres votos en manos de S. Francisco; y todas á una voz eligieron por madre y superiora suya á Sta. Clara. Obedeció; pero considerándose siempre por su humildad la infima de todas, se la hacia insoportable la carga. Hizo increíbles esfuerzos para que la librasen del empleo. Representó que creciendo cada dia el número de las monjas, no eran suficientes sus fuerzas ni su capacidad para el gobierno de tantas, y que no faltaban religiosas en el convento muy capaces y muy dignas de aquel empleo. Pero á S. Francisco le hicieron mas fuerza las razones de todas las demás que las suyas; y por parecer de todas, la confirmó en el oficio de superiora, dándola el nombre de abadesa á pesar de su repugnancia.

Consideró Clara la dignidad de su cargo como nuevo título ú obligacion de ser mas humilde, mas pobre, mas mortificada y mas fervorosa que todas las hermanas. No solo las servia en el refectorio, en la enfermería y en todo lo demás; sino que se valia de su autoridad de superiora para dejar á las otras los oficios mas fáciles y menos repugnantes, cargando ella sola con los mas penosos, mas bajos y mas contrarios á la misma naturaleza. Su virtud favorecida era la santa pobreza. Dió de esto buenas pruebas desde el principio de su conversion, distribuyendo entre los pobres todos los bienes que heredó por muerte de su padre, sin aplicar á si ni á su convento un solo maravedí. No solo no consintió jamás que sus conventos tuviesen fondos ni rentas, sino que severamente prohibió se hiciesen en ellos grandes provisiones, queriendo que dependiesen de la caridad de los fieles. No gustaba de que los frailes que salian á pedir limosna para el convento, trajesen panes enteros, sino los mendrugos y regojos que sobraban á los que la hacian. Escogió el título de *Pobre*, como el mas honorífico para su comunidad, y con efecto, su religion se intituló: *La religion de las señoras Pobres*. El papa Gregorio IX, que la veneraba mucho, y desde el principio de su pontificado se habia encomendado en sus oraciones, deseó que admitiese rentas, y aun se las ofreció para asegurar la subsistencia de sus monasterios; pero le hizo tantas instancias, y le alegó tantas razones para que en nada alterase el primitivo espíritu de su instituto, que su Santidad desistió del intento, y alabó su grande confianza en la divina Providencia. Mostró Dios cuanto le agradaba esta confianza y este heroico espíritu de pobreza. En una ocasion no habia en el convento mas que un pan, y ese muy pequeño: llegó la hora de comer, y la Santa ordenó á la despen-

sera que enviase medio pan á los frailes que las servian, y del otro medio hiciese cincuenta porciones para otras tantas monjas que habia en la comunidad. Obedeció la despensera, y el pan se multiplicó tan milagrosamente, que bastó para que todas las religiosas quedasen satisfechas. Otros muchos prodigios obró el Señor para manifestar cuanto velaba sobre sus necesidades; de manera, que con mucha razon fueron las Clarisas llamadas por mucho tiempo *las monjas de la Providencia*.

Siendo este total desasimiento de las cosas del mundo objeto digno de la admiracion universal, no se tenia por menos milagro su asombrosa penitencia. Fuera de la exacta observancia de las reglas comunes á las demás, como andar siempre con los pies descalzos sin zóelos ni sandalias; dormir sobre la dura tierra; ayunar todo el año, y muchos dias á pan y agua; y no ver, ni ser vista de persona alguna de fuera; hacia otras penitencias tan extraordinarias, que apenas se pueden referir sin riesgo de no ser creidas. Tenia dos cilicios de que usaba alternativamente, uno de crines que traia á raiz de las carnes, ceñido con una cuerda de trece nudos; otro era una piel de puerco, cortadas las cerdas muy por abajo, cuyas puntas se la metian por la carne, haciéndola padecer un continuo y penosísimo martirio. Las dos cuaresmas de la Iglesia y de S. Martin, que acaba el dia de Navidad, las ayunaba todas á pan y agua, menos los lunes, los miércoles y los viernes que nada comia absolutamente. Por muchos años no usó otra cama ni otro abrigo en ella que la desnuda tierra, con un manojo de sarmientos por cabecera. Este fue su lecho hasta pocos años antes de su muerte, en que por espreso precepto del obispo de Asís y de S. Francisco se acostó encima de un poco de paja.

Pero estas escesivas penitencias no carecian á la verdad de muchos consuelos. Favorecida de un sublime don de contemplacion, gozaba frecuentes comunicaciones con su Dios, que la daba anticipadamente á gustar en la tierra aquellas dulzuras espirituales, que son como la prueba de las delicias del cielo. Su oracion era siempre fervorosa, y rara vez sin derramar en ella copiosas lágrimas; salia de ella toda abrasada en las llamas del divino amor, y sus palabras todas eran fuego, acompañadas de un atractivo tan eficaz, que se hacia dueña de todos los corazones. Apenas la daban otro nombre, que *el de la enamorada de Jesucristo*. *Vivó yo* (repetia muchas veces al dia) *mas no soy yo la que vivo; Jesucristo vive en esta indigna sierva suya*. La devocion que profesaba á la Madre, correspondia en todo á la ternura con que amaba al Hijo. No se vió jamás devocion mas afectuosa ni mas encendida con la santísima Virgen.

Al fin, sus excesivas penitencias la arruinaron la salud; pero nunca la debilitaron el fervor. No pudiendo ya mantenerse sobre sus pies, se hacia llevar delante del Santísimo Sacramento; y luego que se ponía en su presencia, era arrebataada en éstasis. Estando tan impedida, que solo tenia libres las manos; trabajaba para la Iglesia, hilando la tela para los corporales; y no obstante su extremo amor á la pobreza, queria que todo lo que habia de servir al culto divino fuese precioso, magnifico y esquisito.

Habiendo declarado la guerra á la Silla apostólica el emperador Federico II, asolaba con su ejército, lleno de sarracenos, el estado eclesiástico. Fué sitiada la ciudad de Asís, y como el convento estaba inmediato á las murallas, iban ya á forzarle los infieles. Llena entonces la Santa de una vivísima confianza, se hizo llevar á la portería con el Santísimo Sacramento, dentro de una cajita de plata, cerrada en otra de marfil. Postrada allí con todas sus hijas delante de Jesucristo, exclamó: Señor, ¿quereis entregar en manos de los infieles estas pobres siervas vuestras, que no tienen otro socorro que vos, y que colocan en vos toda su confianza? Apenas pronunció estas palabras, cuando se oyó una voz que salía como de lo interior del copon ó de la caja, y la dijo: *No temas, hija mia, yo os guardaré, y os libraré siempre de todo insulto.* En el mismo punto, atemorizados los soldados, se precipitaron del muro que ya habian escalado, y los enemigos levantaron el sitio.

Un año antes de su muerte, el cardenal de Ostia, que despues fué papa con nombre de Alejandro IV, noticioso de la estremada debilidad á que la habian reducido las enfermedades, hizo un viaje desde Perusa á Asís solo por verla. Despues de una larga conversacion, en la cual formó mucho mayor concepto de su eminente santidad, pareciéndole que estaba ya en el último peligro, quiso administrarla por sí mismo el santo Viático. Luego que le recibió, el mismo aumento de fervor que en semejante ocasion resplandece siempre en todos los santos, la hizo cobrar nuevas fuerzas. El año siguiente, volviendo de Francia á Italia el papa Inocencio IV, quiso visitar á la Santa antes de restituirse á Roma. Pasó por Asís con gran número de cardenales; y al llegar á la ciudad supo que Sta. Clara acababa de recibir el Viático, administrado por el provincial de los padres menores. Entró en el convento con cuatro cardenales, y su Santidad la alargó la mano para que se la besase; pero la Santa quiso absolutamente besarle los pies, y fué preciso darla este piadoso gusto. Pidió despues humildemente la absolucion de sus

pecados, mostrando con sus palabras y con sus lágrimas que verdaderamente se tenia por la mayor pecadora que habia sobre la tierra. Dióla el papa la bendicion apostólica, y la concedió una indulgencia plenaria en remision de sus pecados; diciendo al retirarse, que el mundo iba á perder una de las mayores santas que se habian visto en la Iglesia.

Quiso Clara hacer su testamento, á imitacion de su padre san Francisco, no ya para dejar á sus hijas espirituales los bienes temporales que tan de antemano habia renunciado, sino aquel espíritu de la mas perfecta pobreza que deseaba perpetuar en su religiosa posteridad, como herencia propia de su orden. Hablandola su confesor, que se llamaba Fr. Reginaldo, sobre el mérito y sobre las utilidades de la virtud de la paciencia: *¡O mi padre!* dijo la Santa, *desde que Dios me hizo la gracia de que me consagrarse toda á su servicio, ningun trabajo se me ha hecho penoso, ninguna penitencia dificil, ninguna enfermedad desagradable. ¡Ay padre mio!* (añadió), *y qué cosa tan dulce es padecer por amor de Jesucristo!* Su agonía fué propiamente un acceso mas violento del divino amor, y en ella se asegura que se le apareció nuestro Señor, acompañado de un gran número de vírgenes que la convidaban á que fuese á celebrar sus bodas con el Esposo celestial; y en el mismo dichoso momento entró en el gozo del Señor el día 11 de agosto de 1253, casi á los sesenta años de su edad, habiendo pasado los cuarenta y dos en la vida religiosa.

Luego que se divulgó la noticia de su muerte, concurrió al monasterio toda la ciudad; y el mismo papa, que ya habia partido, volvió á ella con todos los cardenales para asistir á su entierro. Comenzaban los religiosos de S. Francisco á cantar el oficio de difuntos de cuerpo presente, cuando el papa los envió á decir, que antes bien debian cantar el oficio de las santas Vírgenes; pero el cardenal de Ostia representó á su Santidad, que no era razon precipitar las cosas en un negocio de tanta importancia; y que no obstante ser tantas y tan visibles las muestras de la santidad de aquella virtuosa virgen, siempre seria preciso hacer informaciones juridicas de la heroicidad de sus virtudes y de la verdad de sus milagros, antes de decretarla el culto y los honores de santa. El mismo cardenal pronunció la oracion fúnebre, y el cuerpo de la Santa fué conducido, como en triunfo, al convento de la iglesia de S. Gregorio, adonde tambien habia sido trasladado el del seráfico padre S. Francisco, por considerarse menos espuesta á las escursiones de los enemigos, que la de san Damian. Luego se hizo célebre y glorioso su sepulcro por una

multitud prodigiosa de milagros; y elevado el año siguiente á la Silla apostólica el cardenal de Ostia; con el nombre de Alejandro IV, la canonizó con grande solemnidad dos años despues de su muerte, señalando su fiesta, no en el dia 11. de agosto en que sucedió, sino en el dia 12, en que el mismo papa habia pronunciado su oracion fúnebre. Cinco años despues fué levantado el santo cuerpo para ser trasladado á otra iglesia que se habia edificado en su honor y con la advocacion de su nombre; haciéndose esta traslacion en presencia del papa Clemente IV, que habia sucedido á Urbano IV, sucesor inmediato de Alejandro.

En vida de la Santa se habia extendido su órden por Italia, Francia y Flandes, sin que ella se moviese de su convento de san Damian, contentándose con enviar algunas hijas suyas para fundar los conventos de su santa regla. Esta sagrada órden, tan recomendable por la perfeccion de su instituto, como respetable por el resplandor de las virtudes evangélicas que edifican á toda la Iglesia, se ha dividido despues en muchas y diferentes ramas.

Las que se mantuvieron siempre en el primitivo espíritu del instituto, ó abrazaron despues la reforma de Sta. Coleta, conservan el antiguo nombre de Clarisas ó de señoras pobres de Sta. Clara. Las que dos años despues de la muerte de nuestra Santa admitieron la dispensa del papa Urbano para poder poseer rentas, se llaman Urbanistas. Aquellas que añadieron á los estatutos algunos reglamentos particulares, se dicen Capuchinas, otras de la Anunciada, otras del Ave Maria, otras de la Concepcion, otras Recoletas. Todas estas ramas, unidas á su tronco, componen mas de cuatro mil conventos, y en ellos cerca de cien mil religiosas.

La misa es en honor de Sta. Clara, y la oracion la siguiente:

Oyenos, Señor y Salvador Sta. Clara, sea acompañada de nuestro; y haz que la alegría los afectos de una verdadera que sentimos en la festividad devocion. Por nuestro Señor de tu bienaventurada virgen Jesucristo, etc.

La Epistola es del cap. 10 y 11 de la segunda de S. Pablo á los Corintios.

Hermanos: El que se gloria, que se alaba á sí mismo, no es gloriese en el Señor. Porque el que está acrisolado, sino el

que alaba á Dios. Ojalá sufri- tengo de Dios. Puesto que os seis algun poco de mi ignoran- he desposado, para presentaros cia; pero con todo eso sufridme; como una casta virgen á un soporque yo os zelo, por zelo que lo hombre, á Cristo.

REFLEXIONES.

No es estimado aquel que se alaba á sí mismo. No hay cosa mas despreciable, ni realmente mas despreciada que un hombre orgulloso. Pocas pasiones hay mas locas. No puede uno vivir tan satisfecho de sí mismo, ni tan prendado de su imaginario mérito, sin una visible falta de virtud, y aun de entendimiento, y sin algun desórden en el juicio. El que imprudentemente se alaba, por el mismo hecho se desacredita; á todo hombre de juicio sentido se le hace insufrible esta necia vanidad. Puede alguna vez importar mucho el que se sepa que un grande te escribe; que un hombre sabio es amigo tuyo; que otro de distincion te estima; pero siempre es cosa ridícula que esto se sepa por tí. Este hipo de alabarse á sí propio, no solo es siempre pueril, sino clara señal de poca cabeza; descúbrese no sé qué especie de parvulez y de imbecilidad en alabarse uno tan groseramente. *Dicentes se esse sapientes, dice el Apóstol (Rom. 1.), stulti facti sunt.* Por eso quiso el Señor que el orgulloso encontrase el castigo en el orgullo mismo. Pretende ser estimado, y por lo mismo se hace despreciable. Pero al contrario, un bajo concepto de sí, un eterno silencio sobre todo lo que puede granjearte estimacion, son pruebas relevantes de un verdadero mérito, y ceden en mucho honor del que las posee. Ciertamente no hay pasion mas contraria al fin que se propone, y aun á aquel mismo bien imaginario con que nos lisonjea, que el orgullo; porque al fin intenta sobresalir, brillar, descollar sobre los demás. ¡Esfuerzos vanos, frívolos proyectos! El orgulloso busca en todo la distincion, y en todo encuentra la confusion y el desprecio. Fatigase por dar una alta idea de su persona; y solo consigue hacerse la fabula de toda la ciudad y la risa de la gente de bien. Pero si á lo menos escarmentáran á su costa, habria algun logro; pero no hay que esperar. El orgullo ciega; bien puede verse pisado, pero domado nunca se verá. Los oficios de mayor abatimiento le irritan, mas no le curan. ¡Cosa estraña! no hay en el hombre vicio que tenga menos fundamento, y no le hay que eche mas profundas raíces. ¿Quién puede entrar dentro de sí mismo sin encontrar mil cosas que le humillen? Y entre tantos motivos de humillacion, ¿se eleva el engrimiento? Verdaderamente que nada nos debe humillar mas que nuestro propio orgullo.

El Evangelio es del cap. 25 de S. Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Será semejante el reino de los cielos á diez vírgenes, que tomando sus lámparas salieron á recibir al esposo y á la esposa. Pero cinco de ellas eran necias, y cinco prudentes; mas las cinco necias, habiendo tomado las lámparas, no llevaron consigo aceite; pero las prudentes tomaron aceite en sus vasijas juntamente con las lámparas. Y tardando el esposo, comenzaron á cabecear, y se durmieron todas; pero á eso de media noche se oyó un gran clamor: Mirad que viene el esposo, salid á recibirle. Entonces se levantaron todas aquellas vírgenes, y adornaron sus lámparas.

Mas las necias dijeron á las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque se apagan nuestras lámparas. Respondieron las prudentes, diciendo: No sea que no baste para nosotras y para vosotras; id mas bien á los que lo venden, y comprad para vosotras. Pero mientras iban á comprarlo, vino el esposo, y las que estaban prevenidas entraron con él á las bodas, y se cerró la puerta. Al fin, llegan tambien las demás vírgenes, diciendo: Señor, Señor, ábrenos. Y él las responde, y dice: En verdad os digo, que no os conozco. Velad, pues, porque no sabeis el dia ni la hora.

MEDITACION.

Del corto número de los que se salvan.

PUNTO PRIMERO. — Considera que hay pocas verdades en el cristianismo más claras y más sólidamente establecidas que esta: *Entrad por la puerta angosta, nos dice el Hijo de Dios, porque la que conduce á la perdición es ancha y espaciosa, y es grande el número de los que entran por ella; pero la que conduce á la vida es estrecha, y pocos entran por esta puerta. Pauci sunt qui inveniunt eam.* En otra parte dice: Muchos son los llamados, y pocos los escogidos. *Pauci verò electi.* Lo mismo y en los propios términos lo vuelve á repetir otra vez. Como el Salvador repetía tantas veces á sus discípulos esta terrible verdad, le hicieron en una ocasión esta pregunta: Señor, ¿y es posible que sea tan corto el número de los que se salvan? El Hijo de Dios por no aterrar demasiado á los que le preguntaban y á los que le oían, mostró eludir la pregunta, y se contentó con darlos esta res-

puesta: *Hijos míos, la puerta del cielo es estrecha; haced esfuerzos para entrar por ella.* Toda la Escritura está llena de figuras, pruebas y ejemplos de esta espantosa verdad; y basta un buen entendimiento para convencernos de este corto número. No hay más que un camino para el cielo, porque no hay más que un Evangelio; ¿pero son muchos los que van por este camino? ¿son muchos los que siguen las máximas de este Evangelio? ¿qué concepto formaríamos de la verdad y de la santidad de nuestra religión, si después de todo lo que Jesucristo nos dijo, después de todo lo que hicieron los santos, fuera muy grande el número de los escogidos? ¿pero seré yo de este corto número? Eso se ha de juzgar por la conformidad de nuestra vida con las máximas del Evangelio que seguimos tan mal. ¡Cosa estraña! corre la voz de que se ha perdido un navio; ¡cuántos se asustan! ¡cuántos se sobresaltan! Aunque haya diez mil navíos en el mar, la noticia de que uno solo naufragó, hace entrar en cuidado á todos los negociantes. ¡Pues qué! sabemos que de todos los que actualmente viven en el mundo muy pocos arribarán al puerto de la salvación eterna, y que la mayor parte naufragará miserablemente. ¿Quién me ha dicho á mí que no he de ser del número de estos infelices? Fúndase la seguridad en que no se tiene una vida totalmente perdida y estragada. Las vírgenes necias la tenían muy pura, y con todo eso fueron reprobadas. El siervo perezoso no había hurtado los bienes ajenos; pero no había negociado con los propios, y fué arrojado á las tinieblas exteriores. Ciertamente, cuando no tuviéramos otro motivo para temer que esta fatal seguridad, esta perniciosa insensibilidad con que vivimos, ¿no sería muy sobrado para hacernos temblar y estremecer sobre nuestra futura suerte?

PUNTO SEGUNDO. — Considera que para salvarse hay preceptos que obedecer, reglas que observar, y máximas que seguir. Para salvarse es menester domar las pasiones, hacer violencia al natural, resistir á la inclinacion, y tener una vida pura y mortificada. Los fariseos eran unos hombres de un exterior muy compuesto y arreglado: su proceder parecia irreprochable; hacían larga oracion, y ayunaban mucho. Con todo eso, segun el oráculo del mismo Jesucristo, si nosotros no observamos la ley más exactamente que ellos; si nuestra virtud no es más sólida y más perfecta que la suya, jamás entraremos en el cielo. Mucho es, á la verdad, el no vengarse; todavía es mucho más perdonar las injurias; con todo eso, para salvarse es menester hacer alguna cosa más perfecta y más heroica; porque es preciso amar á los